



Historia, ficción y exilio en las novelas de Hilda Perera. Antonio A. Fernández Vázquez. New York: Peter Lang, 2005, 101 págs.

Durante sus años de estudiante graduado en la Universidad de Kentucky, en la época pos-triunfo de la revolución castrista en Cuba, Antonio A. Fernández Vázquez comienza a interesarse por la obra narrativa de su compatriota Hilda Perera. El mismo explica en su más reciente libro sobre Perera su atracción por la obra de esta singular escritora contemporánea cubana: “mi condición de cubano exilado desde 1962, me condujo a seleccionar para mi tesis doctoral el tema de la novela de la revolución cubana escrita fuera de Cuba por cubanos exiliados” (Introducción, 1). A Fernández Vázquez le atrae el estilo de la autora porque se percata de que Perera no ataca a la revolución, sino que la examina, y presenta el caso de Cuba “como un ejemplo de la condición humana, cobrando matices universales” (2). Por ende, Fernández Vázquez se aparta de la crítica panfletaria cuando asume, él también, una posición de análisis, a través de un número considerable de años dedicados a examinar las fuentes recónditas de la narrativa pereriana, a su vez, formando las bases que lo llevarían a publicar años más tarde un libro intenso y exhaustivo, quizá el más completo hasta el presente, sobre la obra de Hilda Perera, al que ha titulado *Historia, ficción y exilio en las novelas de Hilda Perera*.

Por su parte, Hilda Perera comienza a escribir a la tierna edad de quince años; a los diecisiete años gana un premio en su propia Cuba con su primer cuento titulado “Niña Rosa” (*Gázeta del Caribe*, 1944), el cual la joven autora había escrito dos años antes; lo siguen su colección titulada *Cuentos de Apolo* de 1947 y *Cuentos de Adli y Luas* de 1960. La producción novelística de Perera es digna de encomio; *Mañana es 26* también se publica en 1960, cuatro años antes de que Hilda Perera abandone su patria camino al exilio en los Estados Unidos. Desde el exilio la prolífica pluma de la autora continúa aportando su visión personal, totalizadora, ligada una y otra vez al tema del exilio, desde un punto de vista vital, humano y psicológico que se unifica a través de mundos de ficción con momentos claves de la historia de Cuba. Sus obras exiliares son: *El sitio de nadie* (1972), *¡Felices Pascuas!* (1977), *Plantado* (1981), *Kike* (1995), *Los Robledal* (1987), *La jaula del unicornio* (1991) y *La noche de Ina* (1993). La obra de Perera cubre desde las guerras de independencia de Cuba a finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, alrededor de los años cincuenta, cuando triunfa la revolución castrista, para luego convertirse “en otra cosa”, procreando el éxodo imperativo de casi la totalidad de la clase media de la isla; de ahí en adelante, su producción abarca la dolorosa experiencia exílica, expresada desde el punto de vista —casi siempre con una perspectiva femenina— del individuo que debe enfrentarse a una sociedad diferente, en lengua y en cultura, a la suya que ha dejado atrás, o más bien que ha



traído consigo, cargada a cuestras, pero a la que no puede aclimatar dado el contexto del nuevo ambiente que las recibe.

Antonio A. Fernández Vázquez ha contribuido notablemente a la difusión y comprensión de esta distinguida autora cubana. Con ensayos y artículos y un primer libro de 1980 titulado *Novelística cubana de la revolución*, en el cual dedica un capítulo completo a Hilda Perera, el profesor Fernández Vázquez, ya fija la mira hacia esa visión exiliar que él presenta en su reciente libro *Historia, ficción y exilio en las novelas de Hilda Perera*, visión que tiene mucho en común con la de la propia autora, porque tanto Fernández Vázquez como Perera se concentran en el análisis del exilio interior, personal, solitario, con el que la mayor parte de los cubanos que han abandonado la tierra que les dio el ser se sienten compenetrados. Ese exilio, que es un “insilio” en sí, como el mismo Fernández Vázquez insiste, es un destierro del cuerpo y del alma; el autor de *Historia, ficción y exilio* desmenuza con éxito el enlace que existe entre esos mundos interiores y la historia linear de su país de origen. Los mundos de ficción creados por Perera, gracias al ojo clínico de Fernández Vázquez, afirman su existencia a través de la ligazón que en los recónditos ámbitos de la supra-consciencia tienen con la larga y controversial historia del pueblo cubano, el que desde las guerras de independencia hasta hoy día sufre en carne y en espíritu la separación que ha provocado el destierro de millares de sus hijos en los dos últimos siglos.

El libro de Antonio A. Fernández Vázquez comienza con palabras preliminares de la distinguida crítica cubana Alicia G. R. Aldaya; siguen los reconocimientos y agradecimientos del autor, una equilibrada introducción, cuatro capítulos de esmerado análisis, unas “Inferencias finales” a manera de epílogo, y para terminar el autor nos regala una enjundiosa entrevista suya de 1992 con Hilda Perera. Cabe también notar que la bibliografía es muy completa.

El primer capítulo es de sumo interés ya que en el mismo se presenta la trayectoria de la literatura cubana escrita fuera de la isla desde la revolución de 1959, a la vez que sitúa a Hilda Perera en el contexto de esta trayectoria; el mismo Fernández Vázquez nos dice al respecto: “La exégesis del primer capítulo hace constancia de los numerosos autores que han tenido que exiliarse y publicar fuera de su tierra natal, y de cómo los acontecimientos en torno a 1959 han creado una Cuba peregrina sin igual en su historia” (79). Fernández Vázquez, como otros críticos del destierro, compartimentaliza el exilio “literario” cubano acaecido entre 1959 y 2005 en 1) generaciones, 2) oleadas y 3) promociones (8), lo cual parece ser necesario para identificar las bases que motivan a cada grupo a escribir.

En el segundo capítulo Antonio Fernández Vázquez demuestra como la narrativa de la autora se apoya en la historia, aunque esos mundos creados de Hilda Perera no están supeditados a la



misma; de un lado conviven con la historia, pero ellos mismos tienen vida propia, reflejando a su vez la realidad cubana contemporánea. Este capítulo profundiza en los detalles estructurales de *Mañana es 26* (1960), *El sitio de nadie* (1972), *Plantado* (1981), *Los Robledal* (1987) y *Kike* (1995). En cada una de estas novelas lo histórico puede separarse fácilmente de lo ficticio; la historia sirve de “referente extratextual” (56) desde la guerra de independencia, pasando por los años treinta y los cincuenta, hasta llegar al advenimiento del triunfo de la revolución castrista. El autor logra develar la técnica que utiliza Hilda Perera para aportar la vida, o sea la emotividad, a las páginas que escribe bajo la sombra implacable de la historia.

El tercer capítulo titulado “Los exilios” se detiene en tres novelas de Perera que se inspiran en mundos de ficción que sin duda alguna emanan del espacio exílico cubano contemporáneo, de preferencia Miami. En ese espacio que crea la coyuntura —nunca establecida anímicamente— entre los desterrados y la tierra que los recibe es que se desarrollan las anécdotas de Hilda Perera (o sea, Estados Unidos en el caso de las obras que citamos a continuación). Sus novelas *¡Felices Pascuas!* (1977), *La jaula del unicornio* (1991) y *La noche de Ina* (1993) son dignos ejemplos del choque cultural que produce la vivencia del destierro, la constante alienación del individuo, los traumas y conflictos de identidad que atormentan las vidas de los personajes del mundo de ficción de la autora. El “insilio” y el “exilio” —tanto el colectivo como el personal— se ven complementados en el análisis que Fernández Vázquez hace del encuentro entre la cultura anfitriona y la que llega y tiene que adaptarse.

No quiero terminar sin comentar la importancia que, con mucha razón, da a lo largo de su estudio Antonio Fernández Vázquez a las voces femeninas pererianas; estas voces narrativas son de supremo interés porque aúnan y separan a las protagonistas en relación a otros núcleos polifónicos dentro de las diferentes novelas de la autora. La mujer como exiliada, insiliada, aislada, convulsionada por la soledad que conlleva el salto histórico que ha debido dar en el cual pierde no solo su identidad cultural sino que también la coloca ante una nueva disyuntiva, la de la separación generacional entre viejos y jóvenes. La mejor expresión de esta fórmula técnica pereriana se encuentra en el personaje principal de *La noche de Ina*, quien parece interpelar a cada uno de los que forman parte de la diáspora cubana cuando dice: “De tanto estar conmigo y viajarme en todas direcciones, me pierdo entre las sucesivas personas que he sido y acabo no encontrándome y sin escoger aún a la mujer definitiva que llevaré a la muerte (Perera 12; Fernández Vázquez 73). Fernández Vázquez hace el tan necesario incapié crítico al analizar la perspectiva femenina que rige los textos de Perera y comenta: “Con la excepción de *Kike* y de *Plantado*, los textos de la novelística pereriana se forman desde la perspectiva de protagonistas narradoras a medida que éstas reaccionan a los conflictos que las afectan” (81).



282 *Historia, ficción y exilio en las novelas de Hilda Perera*

El libro de Antonio A. Fernández Vázquez termina con una hermosa y equilibrada entrevista con Hilda Perera. En el amistoso diálogo resalta el hecho supremo de que Hilda Perera nació para escribir; ella es escritora, siempre lo supo y se lo dice con alegría y orgullo a Fernández Vázquez: “Ah sí, desde luego, la vocación mía ha sido total, absolutamente total (...) Nunca se me ha ocurrido ser otra cosa que escritora. Eso sí, es una vocación muy firme” (84).

Sin lugar a dudas, esta contribución de Antonio A. Fernández Vázquez a las letras cubanas, fuera y dentro de la isla, es substancial y de envergadura; la claridad, la profundidad psicológica y la innovativa estructura de *Historia, ficción y exilio en las novelas de Hilda Perera* le valen a su autor un lugar preferencial en el seno de los estudios pererianos.

Mariela A. Gutiérrez

University of Waterloo, Ontario, Canadá